

de augustos encinares,
reducto de verdades seculares;
de mínimos alcores
sobre mares de vívidos colores.
Llanura de sarmientos,
de viñedos abiertos a los vientos...
Silencio reposado en el camino,
y en el almiar -lejano promontorio-;
silencio giratorio
en las sagradas aspas del molino.
Silencio concentrado
en los vinos espesos y sanguinos,
en el aire finísimo y helado,
en las ventas de rostros blanquecinos.
Silencio concentrado
en rastros, perdices y tomillos,
en los flagrantes tonos amarillos
del campo quemado.
En los azafranales,
en las tardes de otoño soleadas
y en las reconditeces recatadas
que guardan los silvestres matorrales.
Silencio de pastores,
silencio de rebaños y majadas,
de barbechos y tierras sosegadas;
de remotos y mágicos temblores,
de diablos y ocultos caramillos
que en boca de zagales y chiquillos
tejen silencios con albor de amores.
Silencio de curtidos campesinos
de boína, de refajo y de cayado,
empapados de sol.
En sus almas silencio resignado
a todos los destinos,
con la esencia mejor de lo español.
Y silencio en los pueblos apegados
al terruño reseco,
con todos sus sentidos enraizados
en la tierra dormida y en el eco
de las germinaciones,
que operan en su seno
el milagro viejísimo y sereno
de su brote, cual rotas ilusiones
del alma más estéril y más pobre.
Y cada pueblo sabe que el rocío
no caerá siempre en el campal vacío,
y la llanura de fulgor de cobre
verdecerá como marina viva,
y hará la brisa, en sus penachos, olas;
y otra vez volverán las amapolas
a deshojar su risa sensitiva.